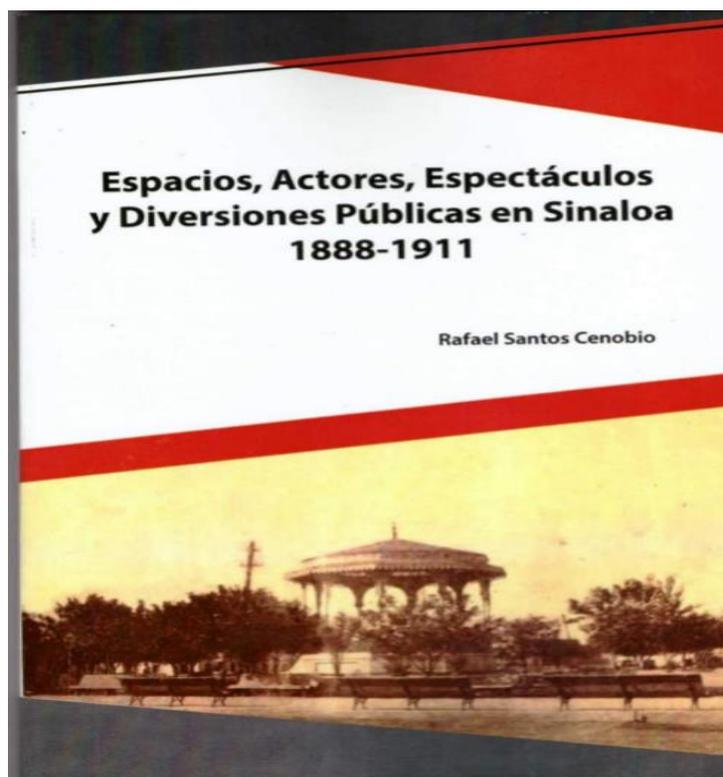


## RESEÑA

**Rafael Santos Cenobio (2018). Espacios, Actores, Espectáculos y Diversiones Públicas en Sinaloa, 1888-1911. Astra editorial, 194 páginas.**

Reseña por: Luis García Valenzuela<sup>113</sup>



Rafael Santos Cenobio nos ilustra con una imagen llena de colorido con calles, desfiles conmemoraciones, plazas, teatros, casinos y clubes de la época, lo que se configuraba en Sinaloa en un sentido artístico, pero con un uso político, partía de un esquema social donde los empresarios locales del momento exigían espacios para su reconocimiento como líderes que deberían encauzar las grandes proezas para el devenir sinaloense. El autor destaca que “los espacios sociales y culturales se configuraron bajo la idea de una jerarquía y clase social”.

---

<sup>113</sup> Maestro en Ciencias Sociales, labora en la Universidad Autónoma de Sinaloa/Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica de Sinaloa plantel Los Mochis 1.

El autor logra construir un relato de lo que fue Mazatlán y Culiacán entre 1888-1911, a partir de la historia cultural, pero enarbola toda una exposición de la política cultura, empresarial, educativa y laboral que en ese momento histórico se vivía bajo los esquemas del pensamiento porfirista, de orden y progreso (el porfiriato 1876-1911) y el periodo cañedista en Sinaloa (1877-1909).

Primero en un análisis técnico: podremos determinar, que el libro, es de una lógica deductiva va desarrollando una trama, con un formato narrativo para establecer regularidades en los hechos y concatenando conclusiones que lo hace reflexivo. Mantiene una coherencia durante todo su capitulado y cohesión con su tesis. Así que el lector encontrara una amena convivencia con los hechos que el autor relaciona con el tema central bajo apuntes finos que nos darán pauta y guía para el análisis y consulta de su obra.

Como parte relevante de lo que alcanza Rafael Santos, en el lector, es el deseo de leer las obras que el expone como su fundamentación teórica, esto sin duda lo logra por su persuasión docente y que emula en la cuestión pedagógica que se vislumbra al momento de leer su obra.

Por ello para ampliar la reflexión de la historia que narra el libro nos alienta a leer a diversos autores como Georges Balandier “el poder en escena”, para reflexionar sobre el aceleramiento de la teatocracia, así mismo el libro “auroras y crepúsculo de una perla del pacifico” de Samuel Ojeda y Pedro Cazares, así como de otros 130 autores que revisa durante su obra.

Es importante señalar de su extensa revisión de archivo el de Mazatlán como el de la Universidad Autónoma de Sinaloa del fondo José Ferrel y por supuesto de los 19 periódicos que de manera continua va utilizando como fieles testigos de lo que se vivía en esos años del Sinaloa naciente.

Los cinco capítulos que integran la obra va creando una atmosfera que pone como punto central el análisis que detalla su tema central, a pesar de una gran cumulo de información que hizo disponible gracias a su trabajo de investigación, nos atrapa en sus argumentos y nos hace dialogar como lectores, entre lectores.

De los cinco capítulos el primero “un panorama socioeconómico y demográfico de Culiacán y Mazatlán” delimita su objeto de estudio, el puerto de Mazatlán y el campo agrícola del valle de Culiacán. El autor reconoce algunos factores de origen que tiene a Mazatlán en su situación actual donde destaca que, a partir de 1822, Mazatlán abrió el comercio marítimo de altura y cabotaje realiza un recorrido histórico pasando por 1828 donde se abrió la aduana marítima y entre 1830 y 1840 aparecieron las casas comerciales de alemanes, ingleses y franceses, deduciendo que el dinamismo económico del puerto es por su ubicación geográfica, con gran acercamiento a los centro mineros de la región serrana.

Si bien en este capítulo se describe su geografía y su entorno, Santos Cenobio brinda información para comprender el despunte del puerto de Mazatlán, así como puerto de referencia y encuentro de culturas europeas en un primer momento y después latinoamericanas y africanas.

En el capítulo dos, “la configuración social y cultural de los espacios en Culiacán y

Mazatlán”, descubrimos como se abre el espacio urbano de ambas ciudades a la configuración de la sociabilidad. En este apartado, el autor nos lleva cronológicamente a identificar los cambios que surgen con la construcción de plazas, parques, casinos y teatros, de manera acertada, señala la importancia de la nomenclatura de las calles, pues fue un recurso común durante el porfiriato para exaltar el patriotismo y nacionalismo, por lo que no fue extraño encontrar los nombres de Hidalgo, Morelos o Cinco de Mayo en las principales avenidas de las urbes estudiadas. También describe las actividades realizadas en las plazas públicas y con un poco de imaginación nos transporta a las fiestas populares amenizadas con banda y orquesta, alguna de ellas privadas, otras más abiertas al público en general, principalmente las que obedecían a las celebraciones cívicas o religiosas.

Es en este mismo apartado en donde aparece en escena el Casino: espacio dedicado al ocio y baile, pero exclusivo de la élite porteña, hace hincapié en las familias que fueron socias. Sostiene que la convivencia de generaciones preliminares del mismo linaje en ese espacio tejó

redes que se afianzaron no solo por los negocios sino por las familias formadas posteriormente entre los propios asociados.

Una clara diferencia en la configuración de Mazatlán y Culiacán señala el autor, tiene su respuesta en la historia. Los cambios en la urbanización se dan de manera gradual o paulatina en Culiacán, debido a la inestabilidad política y a la presencia de acontecimientos armados que tienen como consecuencia una lenta reestructuración del espacio. Mazatlán en cambio, careció de ello, por lo que embellecer la ciudad, invertir en calles, plazas, edificios y quioscos, fue más rápido y exitoso. Sin embargo, es claro en este apartado como se modifican el entorno para el uso social, aunque en un sitio fue más lento que otro, el fin siempre fue el mismo.

Los actores son un factor determinante para la comprensión de los espacios de socialización en Sinaloa. No puede comprenderse este fenómeno sin estudiar a la figura del gobernador Francisco Cañedo, quien se convirtió en un personaje central en cuanto a la inversión y autorización de la construcción de obra pública; así como la organización de festividades dedicadas al ocio.

El capítulo tercero “actores de las festividades, diversiones y espectáculos público”, describe de forma detallada que participantes y actividades se realizaron en los clubes de reuniones, celebraciones cívicas, sociedades de beneficencia y mesas directivas; es por ello por lo que, de manera acertada, el historiador Santos Cenobio dedica en este apartado a evidenciar desde diferentes aristas la participación de las élite y clases medias en diversas actividades recreativas.

Los organizadores y concurrentes de las festividades cívicas, espectáculos y diversiones públicas, se destaca el caso de Culiacán con el club de los Jacobinos, una élite intelectual - Colegio Civil Rosales- cercano al poder político; dedicados al periodismo, la enseñanza y difusión del positivismo, pero al mismo tiempo legitimadores de el régimen a través de la prensa y por la escenificación del poder por medio de los rituales cívicos.

Casi al final del régimen cañedista, esa élite intelectual diversificó sus espacios culturales, fundó escuelas primarias, centros literarios y creó sociedades mutualistas donde concurrieron abogados, ingenieros y obreros.

Para el caso de Mazatlán, las clases altas se agruparon en torno a los clubes y sociedades, desde ahí formaron agrupaciones de caridad, crearon escuelas y participaron en las juntas patrióticas y en los comités del carnaval. Por otro lado, proliferaron las sociedades de ayuda mutua de obreros que desarrollaron un ambiente de cordialidad en la clase patronal y el gobierno de Cañedo, al tiempo que participaron en las festividades cívicas, asistieron al teatro, circos y al cine.

Respecto al capítulo cuatro, “diversiones públicas: teatro, maroma y circo”, se hace una exposición detallada de la creación de teatros, escenificación de la zarzuela (comedia y sainete), dramas, acrobacia y circo.

La élite y las clases medias una vez que consiguieron un próspero desarrollo económico se volcaron, para el caso de Culiacán a la creación del teatro Apolo, Allende y el Palatino; mientras que en Mazatlán la burguesía fundó el teatro Rubio, Tivoli Mazatleco y de variedades.

La economía teatral estaba en auge, sin embargo, después de su temporada de éxito vino una caída derivada de la entrada del cinematógrafo.

El último capítulo “Cine y festividades cívicas”, con la llegada de las grandes compañías, - Enrique Moulinié, hermanos Becerril, Auguste Delamare, Carlos Mongrand - de cine que llegaron a Sinaloa proyectaron diferentes vistas, con temas positivistas y de ficción.

Sobre las primeras proyecciones en cine el autor relata que se proyectaban eventos de la vida cotidiana como la salida de la misa de las doce en Orizaba, Fábrica de hilados y tejidos de algodón de Rio Blanco, Veracruz, El Carnaval de Mazatlán; mientras que los de argumento aparecían historia de Juana de Arco, un viaje a la luna y los siete castillos del Diablo entre otros.

Con el tiempo el cine se convirtió en un espacio adecuado para la publicidad, la empresa “el buen tono” se inscribió en esa tesitura, a partir de 1905, la compañía realizó exhibiciones gratuitas en todo el país, el tiempo que anunciaba sus cigarros.

La exploración a la que se invita es la del espacio mediático: gran escenario en el que se sitúan las innumerables escenas de la vida cotidiana, atiende las construcciones de lo real, las maneras de producirlo y de dotarlo de significación.

Rafael Santos se vuelve un testigo activo a través de la revisión documental que realiza en su investigación y evidencia todo el andamiaje publicitario-político que le dieron a esos espacios y escenarios montados de teatralidad y canto